

mortal viendo desvanecerse sus ilusiones de una manera tan lastimosa, dijo el marqués.

—Como el que llevamos nosotros la noche que la vimos rodearse de todas las personas que á nosotros pueden hacernos daño.

—¡Oh! no me recuerdes aquella noche fatal; aun la cólera me hace temblar, dijo el marqués con disgusto.

—Allí estaban nuestros enemigos, enterándola quizá de nuestros secretos; por esta razon debemos, al presentarnos en su palacio, ir muy prevenidos, tomar precauciones y estar siempre dispuestos á evitar una sorpresa.

—Desde luego; yo comprendo como tú, que esa muger nos conoce perfectamente; y que quizá protege á nuestras víctimas, si así pueden llamarse los huérfanos de Alvarez Leal y la familia de mi esposa.

Los dos dignos amigos continuaron largo rato conversando sobre este terreno y preparándose para concurrir á la anunciada fiesta. Nosotros los dejaremos, á fin de trasladarnos á la colonia de Santa Clara.



## CAPITULO VII.



### La máscara negra.



ERA de noche; un vientecillo leve agitaba las copas de los árboles en la colonia de Santa Clara, arrastrando en sus caprichosos giros algunas hojas desprendidas y marchitas.

El palacio de Blanca la Estranjera brillaba en medio de la oscuridad de la noche como un faro de luz. En todas las ventanas aparecían los reflejos de los millares de bujías que iluminaban los salones.

Penetremos en lo interior del palacio.

¡Qué golpe de vista tan sorprendente presentaba el vestibulo y suntuosa escalera!

¡Qué lujo! ¡qué esplendidez! ¡cuántas flores! ¡cuántas maravillas reunidas en aquella mansión deliciosa, asemejándose á un palacio oriental!

¡Qué bello efecto ofrecían los salones, donde se agrupaban en admirable concierto todas las riquezas que puede ostentar el arte y la naturaleza!

En unos se admiraba la severidad, el buen gusto en los adornos; en otros, cuyas paredes tapizadas de ricas telas ostentaban magníficos cuadros, no se sabía qué admirar mas, si las pinturas, los artesonados, ó las colgaduras de preciosos encajes que adornaban los balcones. Otra porcion de salones y galerias parecian jardines, tal era la profusion de macetas, flores y plantas raras que los inundaban.

Podria decirse con razon que las hadas eran las moradoras de aquel mágico recinto. En el gran salon de baile despedian torrentes de luz inmensidad de bujías, reflejándose en los gigantescos espejos que se hallaban suspendidos enfrente de las ventanas y de las puertas, de manera que prolongasen la perspectiva de los demás salones.

Los techos estaban pintados al fresco y rodeados de preciosos dorados que hacian resaltar el mérito de las pinturas.

Las colgaduras de terciopelo que separaban las habitaciones, estaban recogidas con gruesos cordones de oro.

En los salones del piso bajo se veian reunidos mas encantos aun que en el principal; porque se habia formado en su vasta estension artificiales jardines.

Allí se admiraban á cada paso las flores exóticas de fabuloso precio, las plantas de la América del Sud, arbustos gigantescos, plátanos y algarrobos, formando sus ramas, que caian desde la bóveda, un techo de verdor. La atmósfera estaba impregnada con los suaves perfumes del heliotropo, las violetas y los jazmines, que colocados en macetas de china, rodeaban un delicioso estanque de mármol, donde los lirios acuáticos y otras plantas raras sorprendian admirablemente.

En el jardin tambien la iluminacion era muy bella; de uno á otro árbol hallábanse suspendidas guirnaldas con vasos de colores, y en casi todas las ramas se balanceaban preciosos farolillos, que, vistos á lo lejos, parecian brillantes estrellas de oro.

Los convidados habian empezado á invadir los salones, apareciendo las damas con tan caprichosos y magníficos trages, que nada dejaban que desear al encanto y la admiracion.

En medio de aquel oasis de flores, de aromas y de armonías se hallaba un gabinete oculto á la vista de todos. Era una estancia mágica, tapizada de raso azul; colgaduras de la misma tela con fleco de oro cubrían los balcones; enfrente, bajo un dosel de muselina y encajes había una mesa con un espléndido espejo, cuyo marco de plata cincelada reflejaba á la luz de dos preciosas lámparas de alabastro, que esparcían en el aposento una viva claridad, impregnando la atmósfera de perfumes deliciosos.

En un precioso sofá de marfil esculpido, cubierto de damasco azul, hallábase meditabunda y triste la opulenta dueña de la casa, Blanca la Estranjera.

Con la cara tapada con las manos, dejaba escapar de su pecho hondos gemidos; ¡ay! en medio de aquella esplendidez, en medio de aquel eden donde todos eran felices, ella sola sufría; en la soledad de su aposento se despertaba pujante y vigoroso el dolor eterno de su alma, su tenebroso pasado, la triste historia de su vida. ¡Pobre Blanca! ¡cuántos la envidiaban, y la sola felicidad que tenía era la que le resultaba de hacer bien, la que le producían sus magníficas obras de caridad!....

Lindora estaba á sus piés, contemplándola con religioso respeto. De sus hermosos ojos se desprendían dos lágrimas, que dejó correr á lo largo de sus mejillas.

La graciosa doncella sufría al ver sumergida á su amada señora en un delirio profundo. Ni las armoniosas notas de la orquesta, que sonaban cercanas, ni el murmullo de los convidados, ni los gemidos de Lindora la sacaban de su estraña meditacion.

De pronto descubrió su cara, arrojó hácia atrás los hermosos bucles de su rubia cabellera, y elevando los ojos al cielo, exclamó con melancólico acento:

—¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡Tú que amparas á los inocentes, tú que proteges al desvalido, santo y misericordioso Señor, protégeme; aparta de mi corazon este dardo agudo y de mi mente los recuerdos fatales que siempre miro presentes, envenenando mi existencia!.... ¡Ah, Lindora mia!.... ¡tú estás aquí!.... ¡Cuánto sufro!....

—¡Ama mia!.... mi querida señora: pensad que os aguardan

los convidados y que no debeis mortificaros de una manera tan cruel.....

—¿Dices que no?... ¿Dónde hay destino mas triste que el mio? Tú que sabes todos mis secretos..... que conoces la horrible lucha de mi alma, ¿no encuentras muy natural este dolor inmenso? exclamó Blanca levantándose y cruzando el tocador á largos pasos.

—¡Pero tambien puede mitigarse!....

—¿Cómo?... búscame un lenitivo.....

—¡Sí, señora, le hay!.... presentaros en el mundo, que os conozcan, y tendreis á vuestras plantas todo lo mas florido de la juventud española, que os ame, que os admire!....

—¿Y en eso encuentras dicha? ¿de qué me serviria? si yo no puedo amar á ninguno; si mi corazon está lleno de un amor imposible..... si mi destino se halla ligado á un salvaje!.... ¡ah!.... ni puedo amar á ninguno, ni ser la esposa de nadie!....

—Tampoco debeis ser una víctima; si aquel rey imbécil aceptó vuestro sacrificio y os impuso un deber tan costoso de cumplir, vos debeis emanciparos y no volver á la India, si aquí podeis hallar la felicidad!....

—¡Tú estás loca!.... Lindora..... calla, calla!.... ¿no consideras que soy su esposa ante Dios?

—Segun las leyes de su pais; segun las nuestras, sois libre; que venga á buscaros aquí.

—¡Pero y mi hija! exclamó Blanca arrebatada, ¿no consideras que se ha quedado en prenda con la hija de mi alma, con el tesoro de mi corazon?... ¡ay! único lazo que me liga á la vida, y que me hará volver, despues de cumplir aquí mi mision de venganza, á los paises salvajes donde rendí mi albedrío á una esclavitud ominosa.

—¡Es verdad!.... olvidaba que el rey se quedó con su hija para obligaros á volver, exclamó tristemente Lindora.

—Por cierto que mi destino es bien original; yo, nacida en el Brasil, criada en España, católica por religion y por creencias, he llegado á ser la reina de un pueblo de cafres, de un pueblo donde la antorcha de la civilizacion no ha penetrado todavia!.... ¡oh! esto es muy grande!....

—¿Y quién sabe, querida señora, si estareis destinada por Dios para encender la antorcha de la fé en el corazón de vuestros súbditos?... ¿quién sabe si aun llegareis á ser el ídolo de aquellos países salvajes, llevándoles la ilustración y la santa luz del Evangelio?

—Esa sería mi única gloria, la mayor recompensa por mi sacrificio; pero ¡ay! están muy arraigadas en ellos sus falsas creencias, para admitir las legítimas; cuando fray Benigno, que es un santo, no ha conseguido nada..... cuando yo misma, en un año que he ocupado el sòlo, no he podido hacer que mi marido ni aun me escuche con atención, ¿qué he de conseguir en adelante?... nada. El amor que me tenía, su profunda pasión se habrá enfriado, y volviendo á sus salvajes instintos, me hará pasar una vida cruel, entregada á la desesperación mas honda. Hé aquí mi porvenir, hé aquí la felicidad que me aguarda!.... ¡Y en tanto él me acusa!.... ¡él me ha retirado su estimación, porque hice semejante casamiento!.... ¡ay! ¡no sabe cuán costoso me fué, y que lo hice solo por salvar su existencia!....

Blanca, al decir esto, se dejó caer en brazos de Lindora, anegada en llanto. La generosa y fiel doncella la consolaba del mejor modo posible, aunque todo en vano; porque las penas de la desventurada reina eran de tal magnitud, que no admitían consuelo.

¡Cuán ajenos estaban de imaginar aquella sombría desventura, aquellos secretos horribles, los elegantes cortesanos que inundaban los salones del mágico palacio con una indecible curiosidad, con un afán superior á todo encarecimiento!....

Allí estaba Cristina disfrazada con un rico traje de española antigua, rodeábase de otras varias señoras, á las que iba diciendo con misteriosa voz:

—¿Sabéis que la opulenta dama que hoy nos obsequia con esta fiesta verdaderamente régia, es una negra?

—¡Jesús, qué cosa tan rara! la decían todas; ¿de dónde habeis sacado una noticia tan estupenda?

—Yo la he visto, y no me queda duda; su piel es lo mismo que el azabache.

—¡Válgame Dios! es negra la Estranjera, es negra; por eso se

oculta tanto, repitieron de boca en boca; y esta noticia recorrió como por encanto todos los salones, siendo admitida por unos, rechazada por otros, y puesta en duda por los mas.

En tanto Blanca, teñido de negro su hermoso cútis y vestida con un precioso traje de dama de la corte de Luis XV, salió á los salones.

Acababan de dar las doce y ya estaban completamente invadidos por los convidados; la orquesta preludiaba un rigodon.

—¡Qué bella dama! su porte y su gallardía la hacen parecerse á una reina, dijo el marqués de Blancarosa á D. Severo, que le acompañaba, viendo á Blanca atravesar el salon.

—Efectivamente, contestó D. Severo: vá elegantísima.

—¡Oh! juraria que es mi desconocida; tiene todo su aire, sus maneras; sigámosla, amigo mio: ¡quién sabe si la fortuna me sonreirá propicia esta noche!

—Vamos, pues; pero apresura el paso; no sea que la perdamos de vista.

Efectivamente se acercaron á la esbelta dama, que apenas conoció su intencion, se detuvo y les dijo:

—Adios, caballeros; ya os conozco.....

—¿Nos conoces, bella máscara.

—Sí; tú eres el marqués de Blancarosa, y tu amigo es fray Severo Pintarroja.

—Si no sabes mas que nuestros nombres, poco enterada estás; nosotros sí que te conocemos á tí, á pesar de llevar la cara cubierta con el antifaz.

—¿Me conoceis? ¡Oh! eso es muy original.

—Pues no te admire; tú debes pertenecer á la servidumbre, ó á la familia quizá de Blanca la Estranjera; porque un dia te hemos visto en una buhardilla de la calle de la Montera, ofrecer un millon de reales á una familia indigente.

—Te engañas, marqués; no fui yo. Aquella señora era jóven, blanca, rubia como el sol, formando un precioso contraste sus cabellos de oro con sus ojos negros como el terciopelo, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ese es su retrato; como que le tengo grabado en el corazón, exclamó el marqués con arrebató.

—¿De veras? ¿te enamoraste de ella?

—Sí, y por verla, por arrojarme á sus plantas, daría mi existencia entera; pero si eres tú, no prolongues mi suplicio; déjame por piedad contemplar otra vez tu bello rostro.

—Repito que te has engañado; y lo que mas me maravilla es tu facilidad en enamorarte!.... ¡qué cosa tan rara!.... ¡un hombre casado con una esposa tan bella!.... ¿sabes que no es justo lo que haces?....

—¿Y quién puede dictar leyes al corazón?

—Entonces también estará tu muger autorizada para dejarse llevar de las impresiones del suyo; ¡oh! ¿sabes que me alegraría que te diese una lección?... Acaso los celos curarían esa pasión que ha encendido en tu pecho la rubia brasileña; porque aquella señora es del Brasil y pertenece á la ilustre familia de los condes de Paraná; tú debes conocerlos.

—No; ese título pertenecía á la esposa de mi antecesor D. Jorge Lopez Mendoza; al morir ella, ignoro á quién habrá pasado.

—Naturalmente á su hija Alejandrina, exclamó la dama mirando con fijeza al marqués, á ver el efecto que le hacían sus palabras.

—Pero esta niña murió también cuando su padre, balbuceó casi trémulo D. Alvaro.

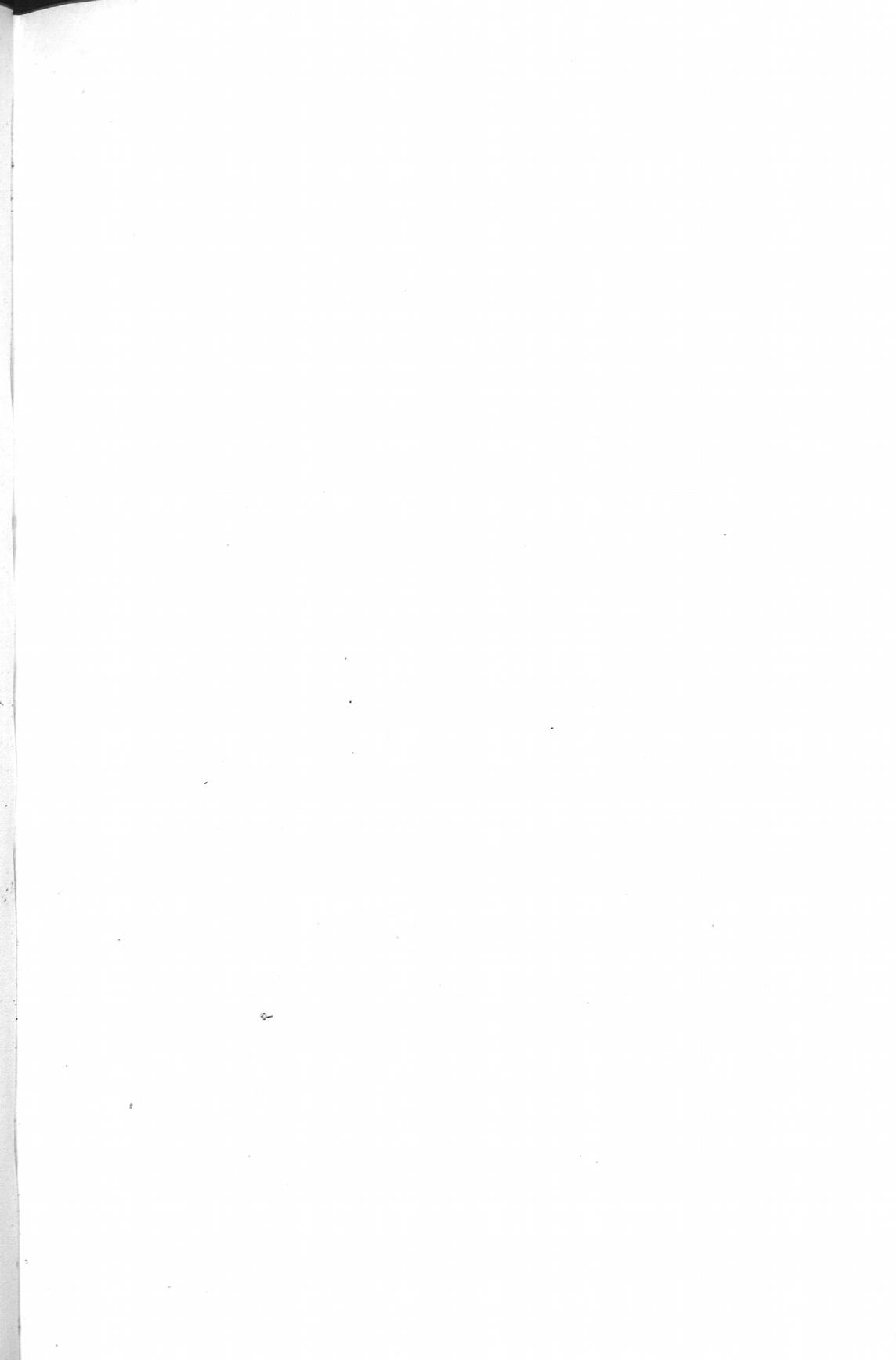
—También en eso te engañas, ó mejor dicho, quieres engañarme; ella murió para el mundo.....

—¿Qué dices, máscara?... ¿será posible que conozcas mi secreto? exclamó trémulo de espanto el marqués.

—Apuesto á que todavía ignoras por dónde se escapó Alejandrina cuando la dejasteis encerrada en su tocador, obligándola á que bebiese aquel delicioso néctar que había de devolverle la salud.

—¡Oh! ¡es preciso que te descubras!.... quiero ver tu rostro, ó sin consideración ninguna, te arranco la careta.

—¿Y con qué derecho?





E. ZARZA, lit.

Ed. de J. DONON.

Quedaron asombrados al ver que la elegante  
dama era una negra.

—Con el que me presta el vértigo que me arrebató, dijo el marqués fuera de sí, queriendo devorar á la dama con los ojos.

—Pues mira, voy á descubrirme, no por miedo á tu amenaza, sino porque tan máscara soy con la careta puesta, como quitada.

—Veamos, dijo el marqués.

—¡Miradme!... exclamó la dama, quitándose con arrogante ademán el antifaz de terciopelo.

El marqués y D. Severo retrocedieron con espanto, quedando asombrados al ver que la elegante dama era una negra.

Ella, sonriendo, volvió á cubrirse el rostro, y haciéndoles con la mano un amistoso saludo, exclamó:

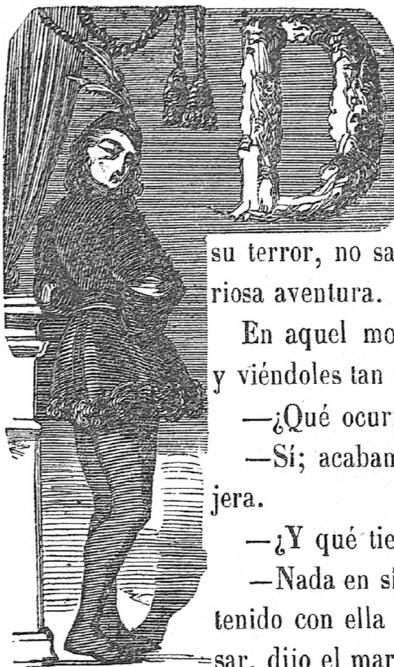
—La hora del castigo vá llegando; preparaos á recoger el fruto de vuestros crímenes.

Quisieron detenerla, lanzándose en su seguimiento; pero desapareció entre la multitud, no volviendo á verla en toda la noche.



## CAPITULO VIII.

### Una aventura.



ON Severo y el marqués quedaron asombrados con la desaparición de la negra dama; pintábase en sus facciones el espanto de que se hallaban poseídos, y en medio de su terror, no sabían darse cuenta de tan misteriosa aventura.

En aquel momento Cristina se acercó á ellos, y viéndoles tan preocupados, exclamó:

—¿Qué ocurre? ¿Os ha sucedido algo?

—Sí; acabamos de ver á Blanca la Estrañera.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Nada en sí; pero la conversacion que hemos tenido con ella nos ha dado mucho en que pensar, dijo el marqués.

—Como está iniciada en nuestros secretos, no me admira; porque este palacio es la guarida de todos los lobos que nos muerden.

—Nos ha hablado de Alejandrina.....

—¿De Alejandrina?.... ¿luego sabe...., exclamó la marquesa sin poder dominar un ligero estremecimiento.

—Todo; nos ha dicho que escapó de su tocador y que no ha muerto.

—¡Santo cielo! ¡esto solo nos faltaba!

A todo esto, mientras los tres personajes sostenian, trémulos de espanto, su animada conversacion, Blanca habia atravesado los salones, que se hallaban cuajados de una multitud brillante y bulliciosa, entrando, sin que nadie lo advirtiera, en su gabinete de tocador, donde sus doncellas la esperaban para disfrazarla enseguida. Como todo estaba dispuesto, la transformacion fué instantánea, cayendo con los ricos atavíos de dama de la corte de Luis XV, su negra tez, y sustituyéndola por un sombreado color moreno, que la asemejaban á la condesa de Paraná, su difunta madre; para que la semejanza fuera completa, solo tuvo que añadir unos grandes tacones á las botas para que elevasen su estatura.

Vistiéronla un traje de *Dogaresa* veneciana, que formaba doble falda de seda escarlata y terciopelo negro, adornado todo él con magníficos brillantes que figuraban sorprendentes cascadas.

Ajustó á su rostro el antifaz de terciopelo, y mirando á un magnífico reloj que habia sobre una mesa, exclamó:

—¡La una ya!.... ¡válgame Dios, qué tarde!

Salió, y en la puerta del gabinete se volvió para decir á Lindora, su doncella favorita:

—A la una y media estoy aquí; tenedme preparado el otro traje; no hay un minuto que perder.

—La señora será servida, dijo la camarera inclinándose profundamente; las otras doncellas no pronunciaron una frase, ni las era permitido, á no ser que la señora las dirigiese la palabra.

La orquesta preludiaba un vals: multitud de parejas se lanzaron como un torbellino en el espacioso salon, presentando las magníficas lunas venecianas una visualidad sorprendente, reflejándose en perspectiva los aéreos y maravillosos trages de las damas, cubiertos de rica pedrería, que á par de las bujías, lanzaban rayos de luz.

La bella dogaresa veneciana pudo con trabajo abrirse paso á través de aquella brillante muchedumbre, y pasando á otros salones donde las damas, huyendo del bullicio, buscaban un momen-

táneo descanso, procuró encontrar al marqués y á D. Severo, á los que halló en un extremo del salon acompañados de Cristina. Ésta, cuyo defecto principal era la envidia, se quedó suspensa así que la hirieron las clarísimas luces de las cascadas de brillantes que Blanca llevaba.

—¡Qué lujo, bella máscara! exclamó, ¡llevas un tesoro en pedrería!

—Pues mira, marquesa: aun tendria mas si tú no me los hubieras usurpado.

—¿Qué dices? sin duda me confundes con otra, yo no luzco á favor de usurpacion ninguna.

—Sí tal; eres la marquesa de Blancarosa, cuyo título has adquirido arrojando sobre tu conciencia el remordimiento de un crimen.

—Tú te engañas, máscara; y te suplico me hagas el obsequio de dejarme en paz; he venido aquí para divertirme, no para sufrir.

—¡Ja!.... ¡ja!.... exclamó la dogaresa riendo á carcajadas; ¡cómo si el placer fuera compatible con una conciencia tan negra!

Esta vez Cristina, empezando á perder su serenidad, se puso pálida á través de la máscara de terciopelo que cubria sus facciones; sin embargo, aun hizo un supremo esfuerzo exclamando:

—Repito que te engañas; tú no me has conocido, ni es fácil, cuando se viene disfrazada.

—Pero te has olvidado de cubrir la oreja izquierda, y esa cicatriz te vende.

Cristina se echó mano maquinalmente.

—¿Lo ves? exclamó con júbilo Blanca.

—¡Qué suplicio! murmuró la marquesa.

—¿Te acuerdas de Pedro Torres, el que te hizo esa cicatriz con un hierro candente!....

—No conozco á ese sugeto.

—Sí le conoces, y no olvidarás nunca que además de marcarte como á una criminal, te despojó de tu hermosa cabellera.

—¡Qué disparates estás diciendo! ¿es alguna novela que forjas

para distraernos? murmuró Cristina aparentando serenidad, pero trémula y convulsa.

—No, hija mia; no hay aquí ficción; es un hecho real, y para que estos caballeros le den entero crédito, voy á referirle con todos sus detalles.

—Es una oficiosidad que no te agradecemos; por lo tanto, calla y déjanos.

—Has de escucharme primero, mal que te pese; si nada tienes que temer, ¿qué te importan mis palabras?

—Nada seguramente.

—La inocencia, aunque la cerquen densas nubes, siempre aparece triunfante, ¿no es cierto, señores?

—¡Es verdad! contestaron muchos personajes que, escitada su curiosidad por aquella conversacion, se habian ido acercando y rodeaban á las dos damas.

La marquesa estaba en brasas; la era imposible salir de aquel círculo viviente, y no podia evitar el que Blanca hablase á su antojo.

Ésta, con la fuerza que presta una indignacion legítima y con todo el fuego de su limpia conciencia, la fascinaba lanzando de sus hermosos y negros ojos sombrías miradas, á cuyo brillo fulgente, que demostraba la pureza de su alma, no podia resistir la culpable Cristina, que, pálida y convulsiva, aguardaba su fallo como un reo delante de su juez.

El marqués y D. Severo se retiraron un poco así que vieron á Cristina objeto de la atencion general.

—Ella está á cubierto de su máscara; nosotros no, dijeron, y nuestra presencia la compromete, retirémonos pues á un lado, donde escuchemos sin ser vistos.

Cristina comprendió que con aquella escena ya no podia quitarse la careta, á no variar de trage; esto le pareció una buena idea, porque así no la conocerian despues; animada con este propósito, se resolvió á seguir la broma y dijo á la espléndida dogaresa:

—Vamos, ya escucho; puedes contar tu aventura.

—¿No temes nada?

—No á fé; tengo muy tranquila mi conciencia.

—Óyeme; oid, señores. Hace muchos años, muchos, mas de veinte, que vivia en Búrgos un honrado sastre, llamado Adalberto Guanter; tenia dos hijas muy bellas; la mayor se llamaba Cristina, era muy vana, orgullosa, de malas inclinaciones y tan envanecida con su hermosura, que se hacía insoportable.

Cuando apenas contaba quince años, tuvo no sé si la desgracia ó la fortuna de que se enamorase de ella un caballero empleado en aquella ciudad.

—¿Sabes su nombre, máscara? la preguntó Cristina, queriendo aparecer estraña á aquel asunto.

—Sí, te lo diré con mucho gusto, aunque no lo ignoras; se llamaba Pedro Torres, estaba casado y tenia hijos; lo cual agrava la culpa de la indigna meretriz que admitió sus galanteos.

—¡Qué horror!.... exclamaron los circunstantes.

Cristina se mordió los lábios con despecho, y aun tuvo valor para replicar con aparente sangre fria:

—Prosigue; la historia vá interesando.

—Tal maña se dió la astuta Cristina, de tal modo empleó todos los recursos de sus encantos y de sus coqueterías, que consiguió trastornar al pobre Pedro Torres, haciéndole faltar á sus santos deberes de esposo y de padre y obligándole á que se viniese con ella á Madrid, sueño dorado de aquella muger infernal; pues imaginábase con razon, que en este mar inmenso donde todo cabe y todo se oculta, tendria vasto campo para desplegar los tesoros de sus gracias, de sus coqueterías y de sus artificiosos pensamientos.

En efecto, Pedro Torres, abandonando su hogar y su fortuna, la trajo á Madrid. Ellos, embriagados en su amor, en sus placeres, no reflexionaron que con su fuga quedaban dos familias sumidas en la mas honda desesperacion, y marcadas con el sello de la vergüenza y el escándalo. ¡Oh! si la fortuna les sonreia, si su amor les presentaba un horizonte despejado, ¿qué les importaban las sombrías nubes que dejaban atrás? ¿Ni qué las lágrimas, ni el baldon que arrojaron sobre la frente de sus padres, de su esposa y de sus tiernos hijos?.... ¡Ah! nada; ¡gozar es vivir! se repetian sin mi-

rar atrás, ahogando los gritos de su conciencia en un océano de bulliciosos placeres.

—¿Sabes que tu narracion se vá haciendo muy filosófica? dijo Cristina; de ese modo llevas trazas de no terminarla en toda la noche.

—Es porque mis palabras van cayendo como plomo derretido en un corazon que me escucha al parecer con indiferencia.

—Si quieres hacer efecto, eso es otra cosa; me callo, pues.

—Sin embargo, abreviaré.

Los circunstantes redoblaron su atencion.

—Cristina Guanter, la bella querida de Pedro Torres, no era una de esas mugeres que se apasionan fácilmente; su corazon, siempre frio y egoista, no se interesaba jamás admitiendo con ardor ningun afecto, como no fuese el del orgullo, la soberbia ó la maldad.

Asi fué que, apenas estuvo en Madrid, consiguió brillar en todas partes, á costa de la ruina de su amante, al que abandonó en seguida que le vió pobre, admitiendo otro, y otro despues, que por casualidad era un conde muy amigo de Pedro Torres. Ella lo ignoraba; el brillo de su título y su fortuna la sedujo, y arrojándose por completo en sus brazos, se prometió goces sin cuento, y felicidades sin número. Empero esta vez la suerte no le fué tan propicia, y aunque el conde cayó en sus artificiosas redes, descubrió este nuevo amor su primer amante, que se hallaba desesperado, porque á consecuencia de su abandono, su desgraciada esposa habia muerto, y sus hijos le rechazaron con horror, haciéndole ver toda la enormidad de su criminal conducta.

—Ocurrió el descubrimiento cuando mas vivo y punzante era su dolor, y por vengarse hubiérala muerto sin duda alguna, si el conde, dolido mas que de ella, del pobre sér que llevaba en su seno, no la hubiera defendido; y con todo, Pedro Torres se empeñó en castigarla de algun modo, ¿y sabeis lo que hizo?

—¡Yo lo diré, si me lo permites, bella máscara! dijo Cristina con una risa convulsiva.

—Con mucho gusto.

—Bien; pues Pedro Torres marcó á Rosa con un hierro candente en la oreja izquierda, y luego con enorme crueldad la despojó de su espléndida cabellera.

—Observa alguna inexactitud; lo que me prueba que quieres desorientar á estos señores. La dama en cuestion no se llamaba Rosa, sino Cristina Guanter, y la cicatriz no fué en la oreja derecha, sino en la izquierda.

—Te engañas, máscara; yo he oido referir esa aventura de otro modo.

—Entonces conocerás el nombre que hoy lleva la infame querida de Pedro Torres, y sabrás que sus padres, su esposo, sus hijos y su hermana la maldicen, odiándola con sus cinco sentidos.

—¿Con que al fin se llegó á casar? ¿Engañó á un infeliz? se atrevió á decir uno de los circunstantes.

—Sí; como de la liviandad no sacaba partido, se fingió virtuosa, y cayó en sus redes un pobre hombre que hoy se le conoce bajo el título de D. Alvaro Perez, marqués de Blancarosa.

—¡Mientes!... gritó Cristina arrancando con furiosa mano la máscara que cubria el rostro de Blanca.

—¡Oh! ¡La condesa de Paraná!... murmuró quedándose asombrada y retrocediendo con espanto.

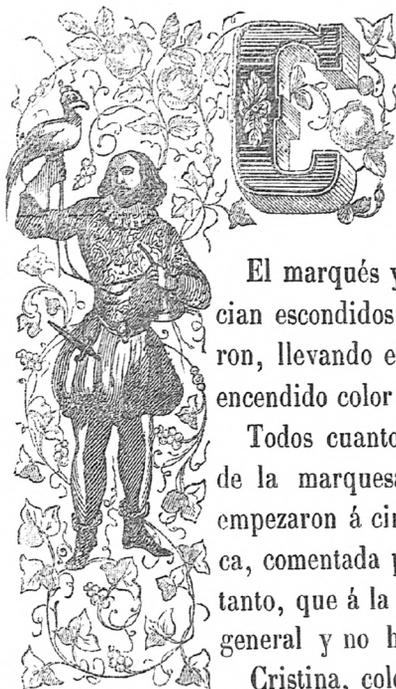
—Sí, ¡yo soy! ¡guárdate de mí!... exclamó Blanca desapareciendo entre la multitud, que la abrió paso con respeto.



## CAPITULO IX.



## Alejandrina.



RISTINA, con la esperanza de que no la habrían conocido, huyó del salón donde había pasado la fatal escena y fué á ocultarse en un gabinete retirado.

El marqués y D. Severo, que aun permanecían escondidos entre unas colgaduras, la siguieron, llevando el primero impreso en el rostro el encendido color de la vergüenza.

Todos cuantos escucharon la picante historia de la marquesa, ávidos siempre de novedades, empezaron á circularla corriendo de boca en boca, comentada por unos y desfigurada por otros, tanto, que á la media hora se hizo conversacion general y no había convidado que lo ignorase.

Cristina, colérica y desesperada, fué á sentarse entre una infinidad de plantas, meditando sobre lo que debía hacer. El marqués, apoyado en una columna, la contemplaba con iracunda saña.

—¡Hé aquí, señora, descubiertas todas sus infamias!.... gritaba con los puños crispados y dirigiéndola amenazadoras miradas.

—¡Si se me escapará esa negra aborrecida! exclamó Cristina atendiendo á su secreto pensamiento, mas que á la furia de su marido; ella es la causa de todo, ¡por eso nos ha convidado!.... ¡Oh! es preciso que yo la busque, y conforme me han hecho avergonzar delante de la concurrencia, yo tambien quiero que gima de despecho y que su negra tez inspire horror á cuantos hoy la admiran.

—Señora: ¿qué está V. diciendo? Vámonos de esta casa, dijo el marqués.

—¡Oh! no, no..... antes quiero que caiga su máscara. ¿Qué traje llevaba?.... ¿decís que la habeis visto y que os ha hablado de Alejandrina?.... ¿no es cierto?.... pues dadme sus señas y la buscaré.....

—Pero ¿de quién hablas? ¡tú deliras!

—¿De quién ha de ser? de esa aventurera, de esa Blanca negra, causa de nuestra deshonra y de nuestra desventura: ella lo ha preparado así.

—Tambien yo lo creo así, dijo D. Severo; en esta casa no puede menos de haber un mago, uno de esos genios que todo lo descubren y con su varita de virtudes obran prodigios al leve contacto de su misterioso talisman.

—Sí, ¡preciso será creer en esas maravillas! no se comprende de otro modo lo que nos está pasando de algun tiempo á esta parte.

—Sea lo que quiera, ahora nos interesa salir de aquí antes que den las dos, hora en que deben caer todas las caretas.

—He dicho que no; y no saldré hasta ver cumplido mi propósito, dijo Cristina levantándose con impaciencia y saliendo al salon inmediato.

En aquel momento le atravesaba una bellissima jóven, ricamente ataviada con un traje de cartaginesa. Llevaba esparcida su magnífica cabellera de un rubio dorado semeiante al oro. De su veste de terciopelo nacarado, sin cintura, en forma de túnica flotante y sujeta solo por una gran hebilla de piedras preciosas, se despren-

dian sus brazos desnudos y sus espaldas de una blancura y morbidez encantadoras.

Sus piés desnudos, estaban sujetos por sandalias de oro, y en la frente llevaba tambien sujetando el cabello, una preciosa diadema de oro, ornada con magníficas piedras de infinitos colores.

Cubierto su rostro con un antifaz de encaje, dejaba adivinar toda su belleza, reflejando sus chispeantes ojos negros como el terciopelo, que formaban marcadísimo contraste con su rubia cabellera.

—¡Oh! ¡qué hermosa muger!.... ¡si será mi desconocida!.... murmuró el marqués olvidándose de todo ante aquel soberano prodigio de incomparable gracia y de belleza.

La marquesa la miró con asombro.

¡Cómo era posible que ninguno de los tres se imaginase que la dama del tiempo de Luis XV, con su negra tez y su rizada y áspera cabellera, la dogaresa veneciana, alta, morena, magestuosa, y la rubia, delicada y dulce cartaginesa fuesen una misma persona, y que aquella persona fuese Alejandrina, la triste víctima de su inaudito crimen!....

Ni aun viendo sus transformaciones, les hubiera sido fácil creerlo. Con tal perfeccion se disfrazaba, que parecía una persona completamente distinta: hasta la voz era cada vez mas melodiosa, mas dulce; al hablarles la cartaginesa, su acento parecía el acorde de una música lejana: resonaba con la mágica armonia de los ruiseñores cuando trinan en los bosques.

—¿Estás avergonzada? ¡pobre marquesa! mira, te compadezco; porque á pesar de la careta, te sale el rubor al rostro, dijo la jóven con inimitable dulzura.

—¡Pero esto es horrible!.... exclamó Cristina, ¡aquí todos me conocen y se proponen atormentarme!....

—Eso no es generoso, bella cartaginesa, añadió fray Severo: atormentar á una dama cuando sufre, no es propio de almas elevadas como la tuya.

—Mil gracias por el cumplido, buen fraile; palabras son esas muy raras de escuchar en boca de un miserable.